

Fanuele, Hernán Pablo

Glosario nupcial en “Bodas del alma” de Juan Ruysbroeck. El estilo del Místico de Flandes en diálogo con las “nuevas figuras” de Héctor Mandrioni

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Fanuele, Hernán P. “Glosario nupcial en “Bodas del alma” de Juan Ruysbroeck : el estilo del Místico de Flandes en diálogo con las “nuevas figuras” de Héctor Mandrioni” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/glosario-nupcial-bodas-alma-fanuele.pdf> [Fecha de consulta:]

**VI° CONGRESO INTERNACIONAL
DE LITERATURA, ESTÉTICA Y TEOLOGÍA**
BUENOS AIRES, 2016

Glosario nupcial en “*Bodas del alma*” de Juan Ruysbroeck
El estilo del Místico de Flandes en diálogo con las “nuevas figuras” de Héctor Mandrioni

Pbro. Lic. Hernán Pablo Fanuele
Universidad Católica Argentina.

1. Nos atrevemos a reconocer, junto con todos los estudiosos y comentaristas medievales y espirituales, la grandeza mística y la creatividad en el lenguaje del beato Juan Ruysbroeck, “El Admirable”. “Está en la misma línea del Pseudo Dionisio y Gregorio de Nisa... influenciado del psicologismo agustiniano” (Martín 12). Comparado al nivel de los santos reformadores del Carmelo y considerado él mismo como uno de sus padres leídos. Lo tuvieron como director espiritual y lectura edificante muchos de los místicos de Flandes que conocemos y muchas de las místicas beguinas que estudiamos.

Llama la atención, en su libro *Bodas del alma*, el lenguaje esponsal y la elección que primó en los vocablos y expresiones para significar la unión del alma con Cristo, su Esposo.

El diálogo lo construiremos con Héctor Mandrioni, sacerdote y filósofo argentino. Algunos cauces de pensamiento fenomenológico y hermenéutico nos permiten comprender el vocabulario místico y esponsal de Ruysbroeck.

Mandrioni “ha demostrado en páginas memorables la cualidad heurística de la poesía, tanto para quien la crea y expresa como para quien la escucha y comprende” (Maturó 238).

2. “El Esposo es Cristo y la naturaleza humana es la esposa que Dios ha creado a imagen y semejanza de sí mismo” (Ruysbroeck 35). Estas expresiones provocan cierto impacto al formar parte de un lenguaje no frecuente en el medioevo. La audacia de vocabulario esponsal y la “originalidad de una forma” (Mandrioni 132) para significar el amor entre Dios y los hombres tomará, desde Ruysbroeck, nuevas sendas atrevidas en posteriores místicos.

“Cuando un místico auténtico establece una alianza viviente con un gran poeta, y esta alianza se da en la misma alma, entonces las voces que brotan originan

uno de los sucesos más grandes que pueden acontecer en el suelo de la humanidad” (Mandrioni 87).

En *Bodas del alma* toda vez que se nombre al Hijo de Dios, Jesucristo, se lo aposicionará como *el Esposo*. Parecerá reiterativo en su obra, pero esta repetición parece encerrar el compromiso de un anuncio, de una revelación.

Pronunciando la “unión perpetua y fiel a su Esposo” (Ruysbroeck 35), señala la vocación de involucrar no solo la dimensión no corpórea del hombre con Dios, sino el hombre integral, incorporado y pleno. Este nuevo rumbo consiste en señalar desde la carne las realidades trascendentales, y no al revés, como si lo ideal tuviera que determinar el desempeño de lo que transcurre en el mundo.

El hombre, la iglesia, el alma, todos ellos, serán llamados *esposa* o *amada*. Al elegir el místico la parábola evangélica de las diez vírgenes, para expresar la búsqueda, el ver, la salida y el encuentro, presenta una dinámica circular en este vínculo de amor Esposo-Amada. El dinamismo de la “salida por el llamado del Esposo”, se traduce luego en otros místicos, que usarán la metáfora del camino, la subida, la mudanza. Es también el Esposo quien se traslada, “movido de compasión por los sufrimientos de la amada” (Ruysbroeck 35). En presentaciones místicas más “pudorosas” que las de Ruysbroeck, o más platónicas, es el alma quién busca sedienta y desesperada una dádiva de Dios. Pero en su prosa se muestra cómo la pasión de amor no brota solo del corazón creyente, sino que es pasión de Dios que busca encontrarse con su Amada. Estas “impertinencias” de lenguaje fueron fuentes para los arriesgados versos de santos y santas que en el siglo XV y XVI lo tuvieron por maestro leído.

3. Fiel a una antigua tradición patristica, quiere justificar al comienzo de su obra, las futuras palabras intrépidas. Así, hablando del cuerpo de la Virgen María, dice que es allí donde “el Hijo contrajo matrimonio con esta prometida, nuestra naturaleza, incorporándola a su persona” (Ruysbroeck 35). El místico de Flandes encuentra en esta máxima, frecuente en la teología de los Padres, el motivo que fundamenta la reflexión sobre el vínculo *amado-amante* en clave esponsal: ese motivo será la carne de Dios. Es el cuerpo de Dios encarnado el que permite un desposorio, un trato, una cercanía, un abrazo, un beso, un calor, un toque, el “ardor íntimo” (Ruysbroeck 76). Y para completar el rito matrimonial no puede menos que ser “el Espíritu Santo el sacerdote que presenció las bodas” (Ruysbroeck 35).

“Así Jesucristo, Fiel Esposo, se unió a nuestra naturaleza y vino a visitarnos en tierra extraña” (Ruysbroeck 36). La propuesta de sus prosas místicas serán el despliegue narrativo de un “encuentro de amor con el Esposo” (Ruysbroeck 36). Esto lo confirma Mandrioni cuando señala “las afinidades que guarda el acto poético con el acto de amor personal” (104 y 115).

La primera actitud frente a la posibilidad de un amor encarnado es la capacidad de mirar. “Miren. Necesitamos ver” (Ruysbroeck 36). Aquí, *mirar* no es contemplar. Éste ya es un salto teológico abismal que da el beato desde la elección de las palabras. Desde el nexo carnal “estos dos puntos (Dios y el alma) tienen tan estrecha dependencia, que no puede darse el uno sin el otro... La caridad es un lazo de amor entre Dios y el alma enamorada” (Ruysbroeck 39).

Solo cuando el hombre mira, “cuando el hombre ha llegado a ser vidente... se sigue el encuentro con el Esposo” (Ruysbroeck 62). La carne del Dios cercano y desposado, por María, y en la humanidad toda, permite amar en la paradoja de una realidad que es más real por ser mística. Es así que “conocer a Dios o verle sin amor no procura ni gozo ni ayuda ni

progreso” (Ruysbroeck 63). La carne cierta de Cristo es la que provoca en el amante “un vivo deseo de ver, de conocer y saber cómo es el Esposo, Jesucristo” (Ruysbroeck 65).

Ruysbroeck propone como meta, al final del camino, no la conquista de virtudes o premios morales, sino al mismo “Cristo que se ha prometido a sí mismo en recompensa eterna” (Ruysbroeck 64). Porque “en la vivencia mística, el Ser que llama es experimentado como Alguien” (Mandrioni 37). “Así se dispone y prepara a recibir una vida interior, vida de deseos” (Ruysbroeck 70), porque la vida en Dios, que Ruysbroeck propone como director espiritual no es desencarnada, sino pasional. En este vínculo de esposos ya no habrá velos.

Desde este apoyo teológico fundamental se desprende “el fin y motivo de toda esta obra, a saber, el encuentro con Cristo, nuestro Esposo, en la unión de simple gozo con la divinidad” (Ruysbroeck 68). Esta simpleza la ha logrado la carne asumida por el Verbo de Dios. La encarnación, desde esta clave de interpretación, podemos comprenderla como el mejor lenguaje que Dios ha encontrado para hablarnos. “Cuando la palabra del místico resuena, lo divino se vuelve concreta y existencialmente accesible al corazón de los mortales” (Mandrioni 39). El amor que se hace palabra poética también resuena como una encarnación real y cercana que provoca el desposorio del mundo con el poeta. “La traducción del gozo se hará por medio de *gestos simples*. ¡Qué gesto más simple que la palabra!”, dirá Mandrioni (145), siguiendo al religioso y filósofo francés dominico, Dubarle.

4. La metáfora del amante como vaso o copa receptiva, sintetiza los elementos que buscan cohesión. Desde el lenguaje de ciencia, “figura del pensamiento calculador” (Mandrioni 25), no podrían armonizarse los puntos distintos para una comunión. Aquí, en la prosa poética de Ruysbroeck, “la copa está presta, se vierte en ella un licor generoso. No

hay copa más noble que el alma enamorada, ni bebida más rica que la gracia de Dios” (Ruysbroeck 70). Esta “unidad sublime” (70) solo podrá ser dicha desde las “nuevas figuras” de la palabra poética (Mandrioni 11) donde solo desde este lenguaje “la faz visible y la faz invisible de las cosas componen un único”. La faz visible del alma enamorada, de la esposa expectante; y la faz invisible del misterio que visita, del altísimo que se empequeñece en el amor nupcial. Toda esta ebullición de lenguaje es gracias a la poesía, donde “lo turbio se eleva a la condición de lo decible” (Mandrioni 127).

Transitar por el filo de las metáforas es optar por un “pensar poético” que “no calcula sino que pondera cordialmente” (Mandrioni 27). La necesidad de expresar el vínculo de amor tan personal y tan intenso con el Esposo, lo lleva a universalizarlo para que otros lo apropien, y solo puede convertirse en domino para aquellos ajenos a través de un “lenguaje desalienado de toda significación servil” (Mandrioni 81), distante de lo científico.

Por ello Ruysbroeck comienza el libro comentando el ejemplo de una parábola de Jesús, porque su propuesta es desde un lenguaje parabólico, de simbología narrada. “El pensamiento técnico no alcanza lo profundo-esencial... que solo puede experimentar y decir el místico del amor” (Mandrioni 29).

A esta altura de la reflexión cabe aclarar que Mandrioni, en *Hombre y poesía*, señala las diferencias entre el lenguaje poético y el científico. También esgrime las similitudes y distancias entre la palabra del poeta y la del filósofo y el místico. Aquí asumimos de modo integrado al poeta y al místico, sin señalar las sutiles diferencias que explica el autor. “El lenguaje poético suele ser el medio que los místicos utilizan para comunicar sus visiones” (Mandrioni 39).

Al mismo tiempo asumimos la escritura en prosa de Ruysbroeck como una poética en sentido amplio, desatendiendo la ausencia de la musicalidad propia de una lírica métrica y

rítmica, y más bien rescatando las palabras de “resonancia cordial”, como explica Mandrioni (34). Es el “gusto por lo sapiencial” (43), aquello que experimentan juntos el poeta y el místico.

Los vocablos elegidos aquí son frecuentemente repetidos por el místico de Flandes pero no las indicaremos numéricamente, y muchas de ellas serán señaladas aquí una sola vez, a pesar de sus referencias multiplicadas.

5. Desde el encuentro con el Esposo, gracias a la carne, la *cosa* que antes no podía ser dicha, encontró en la metáfora una “imagen parcial, en virtud de correspondencias sólo accesibles a la visión y a la dialéctica del corazón”. Estas *correspondencias* son las palabras poéticas que permiten acercarse a la *cosa* ahora *nombrada* y descubrir en ella la *figura total*.

El ardiente vocabulario roysbroquiano es riquísimo.

Habla de “el Toque interior” (Ruysbroeck 74), *gherinen*, del neerlandés medieval, en innumerables párrafos, unido a lo “fruitivo”, o todo aquello que causa placer sensible con su posesión. La *apathia* escrupulosa, elevada posteriormente a jansenismo, no tiene lugar en la sponsalidad que propone Ruysbroeck. Placer, deseo, pasión, abrazo... “es la eternidad palpada y gustada” (Mandrioni 93).

“La abundancia del gozo les hace desbordar de alegría. Algunos se vuelven tan impacientes que no pueden menos de echar a correr, saltar y danzar. Hay a quien esta embriaguez excita tan fuerte que necesita batir palmas, como para aplaudir. Algunos gritan a plena voz dando salida al júbilo del corazón... Hay quien no puede contenerse en silencio, porque la felicidad se desborda por los sentidos”. (Ruysbroeck 82)

Desde estos efectos de euforia individual por el toque del amado, todo límite se trastoca y revuelve, ya que “en el fuego todo se funde y asemeja” (Ruysbroeck 76), como en la unión amorosa del Amado con su amante. Desde la posibilidad mística de una unión en clave sponsal con el Amante, pronunciada por la posibilidad de las palabras recreadas, se abre el mundo que “anuda el cuerpo y alma, corazón, sentidos y potencias en unión de amor” (Ruysbroeck 76).

Todo aquello concupiscible ya no será prevención frente a un peligro de perdición moral y eterna, sino que, ahora, será requisito de posibilidad de “un *amor sensible*, que penetra el corazón y la potencia concupiscible del alma” (Ruysbroeck 77). La bienvenida a la realidad corpórea expresa la concepción optimista frente a la materia, en oposición a todo platonismo ausente de los tormentos de la pasión, propio de los inferiores o caídos que se duelen o enamoran. Lo que para algunos es límite, en Ruysbroeck se convierte en despliegue y cauce de explosión, “y esta experiencia es posible porque la corporeidad se vuelve dócil caja de resonancia del alma” (Mandrioni 92).

Tenemos que salvar una distancia desde el punto de vista teológico, porque el poder rememorante de la palabra poética no explica suficientemente lo que se experimenta, por ejemplo, desde una letanía orada. El encuentro del amado con el amante pertenece a un misterio que, por trascendente que sea, sigue siendo intimísimo en su cercanía. Ruysbroeck utiliza el lenguaje metafórico para nombrar a Dios, pero aquí la poesía, tocando el umbral de la oración, alcanza una realidad superior, porque el objeto lejano, está misteriosamente desposado en abrazo. En la palabra que eleva la mística esposa hay exceso y vacío al mismo tiempo; sed y saciedad, encuentro y búsqueda. Pero no estamos en el reino de la apariencia, sino en el “verdadero y resplandeciente *aparecer* de la belleza feliz” (Mandrioni

163). “De la felicidad, sostiene Ruysbroeck, fluye la *embriaguez* espiritual” (81), porque el amor divino entre amado y amante solo se expresa desde el desborde de sentido que regala una palabra desinteresada y poética.

Detonadas por el amor encarnado, las referencias al cuerpo de la amada Esposa, vulnerable en su carne, comienza a aflorar en el escrito y corren a lo largo de la prosa. “Las venas se dilatan” (Ruysbroeck 85), favoreciendo el acaloramiento de pasión provocado por el encuentro y la presencia. Es en estos párrafos donde surge la expresión vibrante del efecto del *toque divino*; “de aquí se origina una herida en el corazón y viene la experiencia de la llaga de amor” (Ruysbroeck 85), expresión que disparará en otros místicos lectores, una oportunidad de ensanchamiento en sus propios escritos, al brindar una palabra oportuna a lo que ellos mismos sienten, como ha sucedido en España (Collard 24).

Para Ruysbroeck, un verdadero conocer no puede ser inmaterial, etéreo. Es esta teología no se considera elevado o superior lo que permanece en el sopor de lo intangible, ya que solo se conoce cuando se es tocado. “La razón iluminada y en especial la voluntad experimentan el toque. Pero la razón no puede captar ni entender modo ni manera, el cómo y el origen de este toque” (Ruysbroeck 116). Otras traducciones literales para hablar del *toque* remiten a un *effluir*, “atraer hacia adentro y manar hacia afuera” (Behiels 296).

El fruto de este encuentro de pasión, provocado por la oración, la memoria, la consideración de los misterios, es el *langor* (languidez), o abatimiento remanente de la euforia del amor. “Por el amor frutivo quedaremos desvanecidos en nosotros mismos en un descanso esencial” (Ruysbroeck 136). El agotamiento se entiende desde la irradiación de “los rayos de su calor [los cuales] son tan fulgurantes que el hombre en sus ímpetus siente hervir la sangre del corazón” (Ruysbroeck 86). El amor, aquí, se ata al amor mismo y no a otra ley.

Busca incansablemente, desea expandirse, ya que en la teología ruysbroquiana se explica el amor de Dios experimentado como un objeto creado, lo mismo que la experiencia que el hombre tiene de ello, por lo tanto, al ser creaturas (la una y la otra) “pueden, por lo mismo, crecer y aumentar a lo largo de toda nuestra vida” (Ruysbroeck 118).

“El amor quiere ir más adelante, se siente apremiado y atraído como el entendimiento. Es potencia ciega pero quiere gozar, que consiste ante todo en gustar y sentir más que en comprender. Por eso el amor quiere ir más adelante mientras que el entendimiento queda fuera” (Ruysbroeck 117).

6. La terminología místico poética de Ruysbroeck brinda en su prosa un elenco de sensaciones que señalan la realidad de un estallido que remite a lo que sobreabunda. Es palpable, pero incontenible; es carnal, por ende, se expresa en calor, grito y hervores. “Inclinación fruitiva” (Ruysbroeck 139), “intensidad del toque divino que se hace sentir en él” (138), “plenitud de vivencia de amor” (139), “inunda el corazón y las potencias corporales con gusto sensible y penetrante” (139), “ojos desorbitadamente abiertos” (155), “inmensidad abrazada” (155)... La riqueza en vocablos adorna de modo apabullante este libro, y no le importa “naufragar en lo indecible, lo inasible e incontrolado” (Mandrioni 126).

No estamos frente a un tratado de teología. Ruysbroeck tampoco pretende serlo ni hacerlo. “Para a articular su experiencia mística, el místico de Groenendaal, como todos los místicos, empleó el lenguaje humano de su tiempo. Y lo hizo en dialecto bruselense con el fin de llegar a sus dirigidos y dirigidas espirituales” (Ubarri 2).

Su ortodoxia, por tanto, transita otras justezas. Cuando un teólogo, sin poesía atravesada, “explica” el conocimiento místico de Dios, lo hace desde otros puntos de partida. Son

colocaciones correctas, pero corren el riesgo de amputar dimensiones de la experiencia de la fe del hombre. Una de esas corrientes es la justificación sacramental, ya sea desde el bautismo que se inyecta en el alma amada (Danielou 249), o desde la compasión del Esposo que se inclina frente a su amada ensangrentada por el pecado necesitado de reconciliación (Casel 109). Incluso se requiere en algunas “explicaciones” la necesidad del despojo de la carne, requisito ineludible para ingresar en comunión con Dios (Danielou 247-48). Frente a estos lenguajes, que muchas veces han tildado a la metáfora y a la alegoría de discursos pre-científicos, se puede enfrentar la afirmación de otro filósofo de la hermenéutica, quién rescata la mística más allá de los monasterios que la etiquetaban de solo espiritual. Esta mística “extramuros”, llamada por Paul Ricoeur *mística moderna*, permite, por ejemplo, “ya no ver más diferencia entre lo nupcial y lo erótico” (Ricoeur 301). La condición monástica nupcial era espiritual, “para nosotros, modernos, se ha vuelto carnal” (301), y por ser lenguaje carnal que remite a correspondencias divinas, debe ser poético. “Hay que aprender a oír tales palabras”, decía Rahner (457), “para que herido de muerte y absorto de bienaventuranza vuelque, como de un cáliz en el abismo del misterio eterno de Dios, el secreto callado que encierra, y, liberado, alcance así la bienaventuranza” (457).

Cuanta más alta es la poesía, confirma Mandrioni, más se inclina en poeta en *gestos simples* y en palabras cotidianas (145), aquellas que registran la “bienaventuranza fruitiva” (Ruysbroeck 159), el gozo de amor sensiblemente pasional entre amante y amado.

BIBLIOGRAFIA

Behiels, Lieve. “La terminología mística en las traducciones españolas de Ruusbroeck”.

Lengua viva. 2008: 287-300. Impreso.

Casel, Odo. *El misterio de la ekklesia*. Madrid: Los libros del Monograma, 1964. Impreso.

Collard, Patrick; Norbert Ubarri, Miguel y Rodríguez Pérez, Yolanda. *Encuentro de*

ayer y reencuentros de hoy. Flandes, Países Bajos y el mundo hispánico en los siglos

XVI-XVII. Bélgica: Academia Press, 2009. Impreso.

Danielou, Jean. *Dios y nosotros*. Madrid: Cristiandad, 2003. Impreso.

Mandrioni, Héctor D. *Hombre y Poesía*. Buenos Aires: Ágape, 2008. Impreso.

Martín, Teodoro H. *Bodas del alma. La piedra brillante*. Salamanca: Sígueme, 1989.

Edición, traducción y notas de Teodoro H. Martín. Impreso.

Maturo, Graciela. *Pensamiento, poesía y celebración. Homenaje a Héctor Délfor*

Mandrioni. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2001. Impreso.

Rahner, Karl. “La palabra poética y el cristiano”. *Escritos de Teología IV*. Madrid:

Ediciones Cristiandad, 2002. Impreso.

Ricoeur, Paul. “La metáfora nupcial”. *Pensar la Biblia. Estudios hermenéuticos y*

exegéticos. Barcelona: Herder, 2001. Impreso.

Ubarri, Miguel Norbert. “El lenguaje del beato Jan van Ruusbroeck y san Juan de la Cruz

en torno a la experiencia mística y el proceso de unión transformante”. Biblioteca

Virtual Miguel de Cervantes. Web 30 mar. 2016.